

los relatos de calibre  38



# DIRECTO AL MENTÓN

© Ignacio Barroso Benavente

Abro los ojos. Frente a mí cinco individuos de aspecto amenazador me observan. La sala en la que estamos es reducida. Una mesa de billar. Un cono de luz mortecina proyectándose contra mi rostro. Una densa atmósfera de humo. Olor a metal y sudor. Estoy sentado en una incómoda silla de plástico. Las manos enlazadas tras el respaldo con una brida de plástico. Los pies atados entre sí. La boca me sabe a sangre. Me siento mareado. El pómulo izquierdo me arde. Lo siento inflamado. Las muñecas me escuecen. Los dedos de las manos empiezan a mostrar síntomas de tumefacción. Me cuesta respirar. Bizqueando considerablemente logro apreciar cómo mi nariz se ha transformado en una masa carnosa e hinchada. El pecho de mi camisa blanca está salpicado por un rocío de gotas rojas.

Trago saliva. ¿Qué está pasando?, pienso. Les miro. Mohínes serios. Rostros grises. Mentones mal afeitados. Aspecto cansado. Caras cinceladas en plomo. Uno de ellos, apoyado sobre la mesa de billar, acaba de dejar un puño americano sobre el tapete. Del bolsillo interior de la americana saca una lata metálica. La abre.

Extrae unas hebras de tabaco y se lía un cigarrillo. Más humo que verter al aire ya de por sí cargado. Otros tres me miran de una manera que no me invita a pensar en el mañana. El otro, un tipo de aspecto menos amenazador, permanece ligeramente separado de los demás. Los brazos cruzados. Las piernas levemente separadas. Nuestras miradas se cruzan. Me sonrío. Una fila de dientes amarillentos y manchados de alquitrán emerge de entre sus labios. Carraspea. Se acerca a mí.

—Ya ha vuelto en sí —dice, avisando a sus socios.

El del cigarrillo da una larga chupada, echando el humo por la nariz a continuación. La columna grisácea se proyecta con un ángulo de inclinación antinatural. Tabique nasal desplazado. Aspecto pugilístico. Mirada fría y calculadora. Se pone en pie. Mira en primer lugar al que acaba de hablar. Asiente en silencio. Después a los otros tres. Se encogen de hombros. Se acerca a mí. Me estremezco. Sin mediar palabra me lanza un directo al mentón. Los ojos se me inundan de lágrimas. La cabeza, guiada por la inercia del golpe, se mueve hacia atrás. Oigo cómo crujen mis vértebras. Instintivamente abro la boca varias veces. Siento dolor, pero parece ser que no hay nada roto. Otro golpe. Este en la región temporal del cráneo. Los oídos comienzan a zumbarme. Parece como si mi cerebro se hubiese convertido en una mezcla de mierda a medio devorar por un enjambre de moscas.

Da un paso atrás. Sacude la mano con la que acaba de sacudirme

en el aire. El tipo que me ha sonreído antes se acerca a nosotros. Pone una mano delgada y pálida en su hombro. Le dice algo al oído. El otro le mira unos instantes y da un paso atrás.

–¿Quiere más? –me pregunta acercándose a mí.

Su rostro, picado de viruela y mal afeitado, resulta desagradable. El aliento le huele a alcohol barato y tabaco negro. Estamos cerca. Muy cerca. Si fuera un héroe televisivo, o al menos supiera qué estoy haciendo allí, no dudaría en escupirle a la cara o destrozarle la nariz de un cabezazo. Pero esto no es una película. No hay ninguna mujer asustada esperándome en ningún lado. Tampoco soy un superhombre ni mucho menos alguien con el valor y el arrojo como plantar cara a esos cinco cabrones. Me limito a bajar la mirada. Trato de hundir el mentón en el pecho, pero me agarra por el pelo tirándome de la cabeza hacia atrás.

–Empecemos de nuevo. ¿Dónde está la mercancía? –pregunta agarrándome por el cuello.

¿Qué mercancía?, pienso. ¿Qué está pasando aquí? Hago memoria. ¿Cuánto tiempo llevo allí? No lo sé. En mi cabeza, maltrecha por los golpes y con un regusto a compuestos químicos en la garganta que no recuerdo haber tomado de manera consciente, todo se mueve de una manera confusa. Trato de hacer memoria. Hablan entre ellos. Risas. Carcajada. Palmadas amistosas en la espalda.

Poco a poco comienzo a recordar. Viernes. Salida del trabajo. Atasco. Llegar a casa. Media hora buscando aparcamiento. Cena precocinada. Soledad. Un fin de semana que comienza a despuntar en el calendario. Platos apilados en la fregadera. Tareas pendientes: limpiar la casa. Sobremesa en la cocina. Copa de whisky con hielo. Primer trago. Fuego en la garganta. El gatzate encontrando cada vez más agradable la caricia de la malta con hielo. Segunda copa. Éxodo al salón. Televisión. Programas de teletienda. 50 canales. La misma basura. Un periódico. Páginas de contactos. Soledad unida a una libido un tanto elevada. Otro trago. Onanismo. Recuerdos fugaces de relaciones rotas años atrás. Clímax. Aburrimiento. Una película. El Padrino. Marlon Brando acariciando un gato.

Otro golpe, este en las costillas, me deja sin aire. Toso. Escupo sangre. El hombre con aspecto de boxeador me mira. Sus ojos brillan. Satisfacción por el trabajo bien realizado. Sonríe con el cigarrillo a medio consumir en la comisura de la boca. Mira al de los dientes manchados de alquitrán. Da unos pasos hacia la mesa de billar sin desviar la mirada. El otro se me acerca. Otra vez puedo paladear el hedor que escapa de su boca. Sus pupilas dilatadas y sus escleróticas surcadas por una miríada de venas rojizas me estremecen.

—Me estoy empezando a cansar. ¿Qué hizo con la mercancía? —

vuelve a preguntar.

—No sé de qué me está hablando —respondo en un hilo de voz.

—No sabe de qué le estoy hablando. Claro —ironiza agarrándose por la barbilla con fuerza—. No sabe nada. Pobrecito. ¿Usted cree que me chupo el dedo?

Tartamudeo algo que ni yo mismo puedo escuchar. El brillo metálico de una pistola me hace enmudecer. Trato de explicarme: no estoy mintiendo, no sé qué está pasando aquí. Debe de tratarse de un error. No sé de qué mercancía me está hablando. Pero tengo la garganta tan reseca, que no soy capaz de articular una sola palabra.

El sonido de algo líquido derramándose sobre el suelo de cemento, y el calor que siento en mi pierna izquierda, me hace saber que me acabo de mear. Me acabo de mear de miedo, pienso. Le miro. El rictus de mi cara parece querer decir algo del tipo: lo siento, esto no estaba previsto. No sé de qué mercancía me habla, pero lamento mucho haber orinado sobre su bonito suelo de cemento. Me mira. Después al suelo. Un gesto de desagrado recorre sus ojos. Se separa de mí. Hace un gesto a los otros tres que aún no han abierto la boca. Se acercan. Miran alternativamente el charco del suelo, la pernera de mi pantalón mojada y a mí. Uno de ellos se acaricia el puente nasal. Los otros dos me dan la espalda y comienzan a hablar.

–Esto no puede durar eternamente, habrá que ponerle punto y final –logro escuchar que dice uno de ellos. El otro se encoge de hombros y responde algo que no puedo oír con claridad.

Se dan la vuelta. Me estremezco. El miedo hace que me olvide de mi nariz hinchada. El pómulo del tamaño de un pomelo maduro. El reguero de orina que comienza a enfriarse en mi pierna izquierda. El zumbido de mi cabeza pasa a un segundo plano. Un sudor frío recorre mi espalda. Siento cómo respiro con fuerza. El corazón me late desbocado martilleando en mis sienes. Intento tragar saliva. Una capa de saliva reseca en el paladar imposibilita la tarea. Me atraganto. Voy a morir, pienso. La idea no me aterra. Todos morimos antes o después. Lo que sí me aterra, haciéndome sentir estúpido, es la manera en la que lo voy a hacer: meado como un niño pequeño, apaleado como un perro callejero y, lo que más me jode, la verdad sea dicha, sin tener la menor idea de por qué mi cuerpo acabará con unos bonitos zapatos de cemento en el fondo del mar.

Mi nuevo viejo amigo de los dientes marrones se me acerca por enésima ocasión.

–Solo lo preguntaré una vez más. ¿Dónde está nuestra mercancía?  
–pregunta en tono amenazador.

El miedo que siento me impide hablar. Lloro. Lloro a moco tendido como la protagonista adolescente de cualquier serie

televisiva de sobremesa. Hipo. Los mocos se agolpan en mi nariz. Me cuesta respirar. Jadeo por la boca.

—Está bien. No nos ha dejado otra alternativa —dice, sacando un revólver de la funda que le cuelga de la axila izquierda.

Me apunta. Trato de recordar alguna oración. Dios no parece acudir a mi reclamo. Lo único que viene en mi auxilio son la lista de la compra, el no olvidarme de llamar al casero para decirle que el mes que viene le pagaré dos días antes de lo previsto y un cubo de hielo flotando en un vaso de whisky. Con los ojos velados por el pánico veo cómo amartilla el arma. El tambor gira. Cierro los párpados. Aprieto los dientes. Me preparo para ver pasar mi vida en cuestión de segundos ante mis retinas. Ahora sí logro tragar saliva. En mi cerebro aprecio cómo el gatillo comienza a retroceder ante la presión de un dedo delgado, afilado como una garra, y pálido como la muerte.

El tiempo pasa. No hay detonación. Abro los ojos. De pronto la sala se ve iluminada por decenas de focos televisivos. Al otro lado del billar se descorre un telón. Aparece un hombre de mirada vidriosa, rostro sudoroso y una gigantesca papada. Sentado en asientos que emulan los de un coliseo romano, el público aplaude. Giro la cabeza. Decenas de cámaras de televisión están grabando. El presentador se coloca debajo del cono de luz. Ya no hay humo.



Unos potentes ventiladores se han encargado de disiparlo. Trato de asimilar qué está pasando. Los cinco hombres que se han encargado de atormentarme en las últimas horas parecen corderos asustados entre el rebaño. El gigantón que me ha sacudido hasta cansarse me sonríe y me guiña un ojo. Exigencias del guion, dice señalándome la barbilla. Frunzo el ceño tratando de poner en orden mis pensamientos.

—Esto ha sido todo por hoy, amigos —dice con voz gangosa dirigiéndose a las cámaras—. Nos vemos la próxima semana en *Hampa TV*, el *reality* en el que por un día podrá sentir en sus propias carnes lo que el cine esconde del mundo de la Mafia. Siéntese por unos momentos como un condenado a muerte por la Cosa Nostra, y la próxima vez que vea llorar a Diane Keaton en *El Padrino*, sabrá por qué. —Una luz roja vomita la palabra *aplausos*. El público obedece. El presentador sonríe—. No cambien de canal.

Después de esto alguien grita: ¡corten! Las luces mueren. Los aplausos se ahogan. Y yo me quedo con cara de gilipollas, preguntándome que en qué clase de mundo vivimos.

*Ignacio Barroso Benavente (1984) Químico de profesión e intento de escritor por vocación. A día de hoy, entre otros muchos proyectos, trabaja en una novela ambientada en el Nueva York de los años treinta y es el principal, y único, culpable del blog de poesía: <http://versatil84.blogspot.com>*